

BIBLIA Y EDUCACION

J. F. YAÑEZ

Así podríamos apellidar el reciente estudio que el Profesor del Instituto Pontificio San Pío X, H. Luis Varela acaba de lanzar al público con el título de "Biblia y Espiritualidad en San Juan B. de La Salle". Fruto de largos años de investigación, la obra reviste marcado carácter bíblico-teológico y espiritual, si bien gravita de primera instancia, en torno a la educación de la niñez.

La doctrina del Patrono de los Maestros católicos da sobrada materia para un profundo estudio acerca de la presencia de la Biblia en la enseñanza de la Religión, e incluso en todo el ámbito escolar. L. Varela hubiera podido muy bien adoptar este esquema, relativamente cómodo, pero ha preferido correr el riesgo de remontar las aguas hasta su misma fuente, para resolver el problema ya en sus raíces. Sólo así se pueden ofrecer soluciones realmente legítimas.

Ante el hecho concreto e indiscutible de la escuela lasaliana, centrada frontalmente en la Palabra divina, cabía preguntarse por la espiritualidad de los maestros que le dan forma y, con mayor razón, por la del mismo Fundador de las Escuelas Cristianas. Este sería el único modo de conocer la escuela lasaliana por dentro, y el secreto de su vigencia a lo largo de los siglos. Tal es el método adoptado por el autor.

La obra alcanza la meta propuesta en tres pasos sucesivos:

En primer lugar, para establecer base científica suficientemente

amplia, el autor ha recurrido a las obras originales del Santo Pedagogo y en especial ha hecho labor exhaustiva con la determinación y examen de las citas bíblicas de las 207 Meditaciones compuestas por el mismo La Salle. Labor extremadamente delicada, si se tiene en cuenta que el Santo raramente indica las fuentes, y que, por otra parte, la investigación comprende toda la gama de citas, desde la explícita hasta la simple alusión o la reminiscencia remota. Moviéndose con el pleno dominio y competencia que le proporcionan sus años de contacto con los escritos de La Salle, empieza nuestro autor por situar al Santo en su época y ambiente, para luego estudiar su concepción de la Escritura y el reflejo de ésta en la propia vida. Análisis más detenido le merecen las citas bíblicas de los escritos lasalianos, camino indispensable para establecer el conocimiento y compenetración con la Palabra de Dios, modo de utilizarla e interpretarla y, finalmente, la motivación de tan frecuentísimo uso. En esta parte llega el autor a conclusiones sumamente importantes, tanto desde el punto de vista de la espiritualidad y de la exégesis como por lo que se refiere al avance de los estudios críticos del conjunto de la obra lasaliana.

El segundo estadio lo cubre el autor mediante la investigación directa de la espiritualidad. La Salle no sólo hizo de la Palabra de Dios el eje de su vida, sino que vio en ella el medio privilegiado para proyectar el Reino de Dios en los corazones de los niños. En consecuencia, fundó un instituto religioso dedicado exclusivamente a esta misión; quiso para sus miembros espíritu de vida totalmente basado en la Escritura y alimentado por la lectura constante y sapiencial de la misma. Asimismo les dotó de un método de oración igualmente fundamentado material y formalmente en la Biblia y en la fe. De este modo, La Salle, recelando de los procedimientos ocasionales y ultrarrápidos, preparaba sólidamente a sus maestros para la labor apostólica.

En realidad, L. Varela centra su esfuerzo en mostrarnos la escuela lasaliana como fruto y desbordamiento de la espiritualidad bíblica de sus promotores. Si el espíritu propio de los Hermanos les induce a "regirse y gobernarse en todo por máximas y sentimientos de fe sacados de la Sagrada Escritura, nada de extraño que la escuela, que constituye su único afán cotidiano, tenga por fin educar a los niños "según las reglas y máximas del Evangelio", entendidas en sentido estricto. La Biblia no ha de ser tan sólo el vehículo de la enseñanza, sino el mensaje mismo, y por consecuencia el maestro, como simple instrumento de la Palabra de Dios, ha de evitar todo aquello que pueda desvirtuarla. Es sumamente interesante ver cómo la Biblia domina la escuela cristiana en todo su contexto y no solamente durante el tiempo destinado a la Religión. En efecto, la encontramos discretamente presente en ejercicios de enseñanza profana, como la caligrafía, la ortografía, la lectura, y

tiene significación especial en el capítulo de las recompensas. Ha suscitado particular interés del autor el tratado de urbanidad escrito por La Salle, todo él impregnado de máximas de la Escritura, y cuya finalidad primordial consiste en elevar la práctica de la cortesía al plano de las virtudes evangélicas.

Con este profundo examen, L. Varela ha logrado jalonar perfectamente el camino que lleva de la Palabra de Dios encarnada en la Escritura a la Palabra de Dios encarnada en los corazones; ha sabido valorar con justeza la posición del santo y del pedagogo que a tres siglos de distancia se nos muestra pleno de actualidad; y ha puesto de relieve cómo la escuela y educación cristiana puede y debe descansar en la Escritura, para lo cual el único medio eficaz será que los maestros vivan a fondo ellos mismos en el espíritu de la Escritura.

Cualquiera que tome contacto, por leve que sea, con la doctrina y la espiritualidad de Juan Bautista de La Salle se sentirá sobrecogido por la opulencia, bíblica que chorrean sus escritos y toda su persona.

No ya el libro de las Meditaciones o el tratado de Oración, sino las Reglas de urbanidad, la Guía de las escuelas, etc., nos revelan su recia formación y personalidad escriturística, sorprendente y casi inexplicablemente moderna, a pesar de que su vida discurre y calba entre los siglos XVII y XVIII.

Cuando al principio de la Regla, al hablar del espíritu del Instituto, prescribe a sus hijos que lleven siempre consigo el Nuevo Testamento, para que sea objeto constante de su lectura y meditación y como pantalla o telón de fondo que ha de enmarcar toda prescripción regular —el Evangelio ha de ser su primera y principal regla, dice taxativamente, y el amor a Dios y al prójimo serán el principio y resumen por el que ha de regirse toda regularidad, añadirá más adelante—, ya se adivina la solidez y actualidad precursoras que connota este gran innovador de la enseñanza y de la espiritualidad bíblica y de su casi obsesiva expresión hasta que se recorren uno a uno sus escritos.

El autor que comentamos, para no verse desbordado, ha querido limitar su examen principalmente a las Meditaciones, salvas las conexiones con otros escritos del Santo imprescindibles para poder sentar conclusiones válidas y universales sobre su espíritu y doctrina. Téngase además en cuenta que no ha habido fundador que haya escrito tanto sobre la vocación específica de sus hijos, sobre el maestro religioso y la profesión de la enseñanza. Continuamente, a lo largo de las meditaciones del año, va modelando el espíritu del religioso o maestro, con citas, alusiones y glosas, para empaparle en Sagrada Escritura, de modo que la rebose luego en toda su conducta y enseñanza. Desde el arte de imbuirle en la presencia de Dios al empezar la oración mental —por seis modos fundados en senten-

cias de la Escritura— y de guiarle en la meditación de las máximas evangélicas, hasta sembrar de textos bíblicos los cuadernos de escritura, o el libro de lectura, y los “vales” utilizados para mantener la atención y emulación en las aulas, todo es ocasión y materia apta para que el Santo transfigure las acciones más vulgares y corrientes a la luz trascendente de la Palabra de Dios.

Bien está que se discuta si la Palabra de Dios tiene cierto carácter de sacramento, o es cuasi sacramento, forma del sacramento, sacramental, etc., con las precisiones teológicas que el caso requiere; para La Salle, sin duda, era la Palabra divina un modo de la presencia de Dios, vital y eficaz, existencial y educativo, como quizá no ha llegado a considerársela hasta los tiempos carismáticos actuales, los del Vaticano II. Carismático de la Escritura sería una de las mejores y más exactas definiciones de San Juan Bautista de La Salle. La obra de L. Varela se encargará de demostrarlo.

Agradecemos al minucioso investigador aportación tan valiosa sobre tema tan actual y sugestivo y hacemos votos por que cuantos prolongan en el mundo el ministerio apostólico de la Palabra, especialmente entre los niños, sepan encontrar en su obra luces y estímulos con que enriquecerse y dar fecundidad a su vida interior y a su acción educativa.